



QUESTIONES  
**URBANO**  
REGIONALES

Revista del Instituto de la Ciudad • Volumen 1 • Número 1 - 2012 • Quito, Ecuador



## Questiones Urbano Regionales

Volumen 1 • N.º 1 • 2012

Quito, Ecuador

### Director

Diego Mancheno

### Editor

Juan Fernando Terán

### Consejo Editorial

Jorge Albán

Nicanor Jácome

Diego Mancheno

Alexis Mosquera

Francisco Rhon

### Consejo Asesor Internacional

Pedro Abramo (Brasil)

Luis Mauricio Cuervo (Chile)

Oscar Alfonso (Colombia)

### Editores de estilo

María del Carmen Mosquera

### Diseño

Antonio Mena

### Impresión

Gráficas V&M

© Instituto de la Ciudad

Venezuela 976 y Mejía

Tel.: (593-2) 3952-300 (ext. 16006)

(Dirección de correo electrónico)

[www.institutodelaciudad.com.ec](http://www.institutodelaciudad.com.ec)

ISBN: 978-9978-9995-4-7

Contacto:

[maria.mosquera@institutodelaciudad.com.ec](mailto:maria.mosquera@institutodelaciudad.com.ec)

El Instituto de la Ciudad es una corporación social sin fines de lucro dedicada al análisis científico aplicado de los procesos urbanos contemporáneos. Su labor busca apoyar a la formulación de decisiones de política pública en el Distrito Metropolitano de Quito.

Las opiniones, interpretaciones y conclusiones expresadas por los autores de los artículos no necesariamente reflejan ni representan las visiones del Instituto de la Ciudad y sus directivos.

Se autoriza citar o reproducir el contenido de esta publicación con las referencias adecuadas y completas.

<b>Editorial</b> .....	5
Diego Mancheno	

## EXPERIENCIAS LATINOAMERICANAS

---



<b>El sistema de ciudades y el polimetropolitanismo en Colombia</b> .....	9
Óscar A. Alfonso R.	



<b>Quito, una propuesta de ciudad-región</b> .....	39
Augusto Barrera	



<b>América Latina: metrópolis en mutación</b> .....	53
Luis Mauricio Cuervo	



<b>Reestructuración económica y metamorfosis urbana en América Latina: de la ciudad a la región urbana</b> .....	77
Carlos A. de Mattos	



<b>Santiago, una ciudad neoliberal</b> .....	101
Alfredo Rodríguez & Paula Rodríguez	

## DEBATES

---



- El desafío político de gobernar una ciudad-región ..... 127  
Fernando Carrión



- La ciudad-región en América Latina: Un concepto  
entre el neoliberalismo y el posliberalismo ..... 139  
Diego Mancheno y Juan Fernando Terán

## ESTUDIOS SOBRE EL DISTRITO METROPOLITANO DE QUITO

---



- El antiguo Hospital Militar: Intersecciones  
entre seguridad, patrimonio y memoria social ..... 155  
Alejandro Cevallos N.



- El proceso de rur-urbanización del Distrito Metropolitano  
de Quito y su incidencia en la comuna indígena San José  
de Cocotog ..... 173  
Ximena Cabrera Montúfar

## DOCUMENTACIÓN

---



- Cosntitución Quiteña de 1812  
(15 de febrero de 1812)  
"Pacto Solemne de Sociedad y Unión entre las  
provincias que forman el Estado de Quito" ..... 197



# El antiguo Hospital Militar: Intersecciones entre seguridad, patrimonio y memoria social\*

Alejandro Cevallos N.

## Resumen

Utilizando como estudio de caso al antiguo Hospital Militar de la ciudad de Quito, este artículo analiza las prácticas discursivas sobre la seguridad ciudadana desplegadas a propósito de los conflictos derivados de la ocupación irregular de un edificio patrimonial abandonado.

Las implicaciones socio-culturales de las políticas para la recuperación del espacio público son abordadas con referencia a la memoria histórica de los pobladores, a los intereses asociados a la utilización del edificio y a las ambigüedades de las prácticas de rehabilitación. Conforme presenta diversos testimonios, el artículo evidencia que la construcción de objetos patrimoniales está basada en procesos complejos de conflicto y negociación entre ciudadanos, funcionarios, especialistas y técnicos. Si bien podrían incorporar mecanismos de diálogo y concertación, tales procesos suelen imponer determinadas formas de identidad ciudadana consideradas como “positivas”.

Se concluye que las propuestas urbanísticas de recuperación condensan discursos que son percibidos por la comunidad como implantaciones que no se articulan de manera efectiva con sus prácticas cotidianas ni con su memoria social. Esta circunstancia dificulta la actuación de la ciudadanía en la reformulación de sus espacios cotidianos.

## Palabras clave

Distrito Metropolitano de Quito, patrimonio cultural, espacio público, seguridad ciudadana.

\* Ensayo efectuado en el marco del *Programa de Becas a Jóvenes Investigadores* patrocinado por el Instituto de la Ciudad del Distrito Metropolitano de Quito.

## Introducción

Este ensayo intenta comprender los discursos de seguridad ciudadana desplegados sobre un espacio atravesado por memorias sociales heterogéneas y conflictivas. El caso de estudio en el que aterrizan estas reflexiones es el edificio patrimonial conocido popularmente como el antiguo Hospital Militar. Allí se han sedimentado varias memorias que han marcado el imaginario de sus vecinos y que tienen relación con las diversas funciones que cumplió el edificio en la historia de la ciudad y las posibilidades de uso que la gente pudo darle cuando el inmueble estuvo abandonado por la institución. Sin embargo, el abandono también representó un punto conflictivo para la vida del barrio debido a que fue ocupado de manera irregular por personas ‘extrañas’ a su composición social, los mismos que fueron señalados como responsables de una inseguridad inédita en el barrio.

La importancia del edificio como una de las grandes obras públicas encargadas por Eloy Alfaro en 1900 (icono arquitectónico de la temprana modernidad) fue la motivación, posteriormente, para un proyecto de recuperación auspiciado por el Municipio de Quito a través del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, en donde el problema de inseguridad del sector fue un argumento importante para intervenir con urgencia en el sitio, ‘resolviendo’ así, las memorias conflictivas y los intereses que giraban en torno al edificio.

El antiguo Hospital Militar puede ser entendido como un lugar representado desde varias memorias:

Lugar de memoria en una doble acepción: por un lado custodia la memoria en cuanto testimonio de otra época y del clima que lo ha producido; por otro,

contribuye a fundar y a alimentar la propia memoria, en la medida en que se considera como referente de los procesos de construcción de la identidad histórico-cultural: procesos más o menos espontáneos y ‘desde abajo’ o, al contrario, guiados, controlados y hegemonizados. (Massa, 1998:88)

En este sentido, existe cierta ambigüedad en la forma como se concibió la devolución de este edificio a la ciudad: por un lado como ‘monumento arquitectónico’ dentro del proceso de rehabilitación de edificios patrimoniales del centro histórico y sus alrededores, re-bautizándolo como El Bicentenario y abriéndolo al público en el 2009 con una exposición de corte histórica y pedagógica titulada “La Revolución Quiteña” la misma que hacía alusión a la gesta fundacional de la nación ecuatoriana<sup>1</sup>. Por otro lado, bajo el slogan de ‘espacio público recuperado’ se dibuja la idea de que el edificio es devuelto a la ‘ciudadanía’ obedeciendo la demanda de la comunidad de San Juan y Quito en general que solicitaba un espacio de desarrollo barrial y una solución a la inseguridad.

Y digo que es una devolución ambigua, en la medida que (co)existen (y se contradicen) por lo menos dos posiciones discursivas con planes y funciones diferentes para el edificio: el edificio como monumento arquitectónico que tiene la finalidad de realzar los festejos bicentenarios y que posteriormente pasaría a funcionar como vitrina del arte contemporáneo, sin duda cierra las posibi-

1 En estos enlaces se puede apreciar desde la prensa y desde sitios turísticos la manera en que se publicitó la exposición “La Revolución Quiteña” en el edificio ‘recuperado’. La promoción de la inauguración del edificio estuvo más relacionada con la discursividad del ‘monumento’ y los intereses del promotor (Massa, 1998) más que con la apertura de un espacio público.  
[http://www.quito.com.ec/index.php?option=com\\_content&task=view&id=179&Itemid=192](http://www.quito.com.ec/index.php?option=com_content&task=view&id=179&Itemid=192)  
<http://www.eluniverso.com/2009/08/05/1/1380/revolucion-quiteña-recoge-exposicion-interactiva.html>

lidades de uso del espacio a una afirmación de discursos de nación, patrimonio y a un público especializado (el circuito del arte); mientras que la idea de ‘espacio público recuperado para la ciudadanía’ indicaría la posibilidad de inventar usos de manera colectiva y contingente para el edificio en cuestión. A la luz de estas dos posiciones debemos considerar una discusión amplia que subyace en los procesos de rehabilitación de espacios urbanos, y es el carácter de ‘lo público’ que estas manejan.

Como señala Deutsche (2007), ‘público’ comprende una serie de complejidades que empiezan en el uso de esta noción por diferentes campos de estudio y discursos, por un lado la noción de ‘público’ se piensa como una cualidad del espacio en términos físicos, como el lugar exterior o el lugar que puede ser transitado y ocupado por ‘todos’, sin embargo, en esta concepción generalmente se olvida que los espacios exteriores o abiertos o de servicio social también están bajo regulaciones e intereses políticos, económicos y urbanísticos y por tanto son espacios de exclusión también.

‘Público’ como adjetivo significa originariamente “de o perteneciente al pueblo” del latín *publicus*, lo que asocia esta noción con la política democrática, porque si bien en los regímenes monárquicos el rey condensaba el poder, en el estado democrático el sujeto político y ostentador del poder es ‘el pueblo’, es decir, “el poder emana del pueblo pero no pertenece a nadie” (Deutsche, 2001: 8), por lo tanto, en la figura difusa de ‘público’ (y de pueblo) se encuentran diversos actores debatiendo y pugnando por ganar legitimidad dentro de una comunidad política democrática. Que algo sea ‘público’ guarda una relación con la contingencia y la incertidumbre, denota estar implicado en una interacción o atravesado por un tipo de

experiencia social, más que una mera cualidad del espacio físico (Deutsche, 2007).

En lo que respecta a este ensayo, se discutirá el rol de la seguridad ciudadana atravesada por connotaciones racistas y clasistas como el punto que concilia la urgencia de recuperación del edificio, donde las identidades ciudadanas (marginales o marginalizadas), las memorias sociales conflictivas no tienen mayor posibilidad de debatirse públicamente sino que se ‘resuelven’ técnicamente en la adecuación de un espacio físico, y en este sentido, las cuestiones sobre el carácter de ‘lo público’ en procesos de recuperación y rehabilitación urbana deben ser problematizados.

La urgencia de retomar esta conflictividad responde a cierta voluntad política en la actualidad que permite que ‘espacios recuperados’ aviven de manera efectiva la esfera pública y fortalezcan una cultura radicalmente democrática (Deutsche, 2001).



Antonio Mena

*Patio interior restaurado del antiguo Hospital Militar*

Para el efecto se hace una revisión de los antecedentes históricos que marcaron las relaciones de vecindad entre el edificio y el barrio, se intenta dar cuenta de los procesos que permitieron que la memoria social se construya a partir de los vínculos con este espacio y se matiza las diferentes posturas que se encontraron en el proceso de recuperación del edificio ocupado.

### El barrio popular y el edificio como monumento

El lapso al que me quiero referir en este ensayo es el de abandono, ocupación y recuperación del antiguo Hospital Militar, un proceso extenso (1980-2009) que no está suficientemente documentado. Para aproximarme a mi objetivo he creído conveniente (re)presentar algunos puntos del devenir del entorno social y la configuración urbana del sector, que ayudarán a caracterizar la relación del barrio con el edificio, y que podrían resultar importantes para dimensionar la relación de este caso de estudio con un escenario más amplio de intervenciones patrimoniales en la ciudad.

En el año de 1900, el arquitecto alemán Francisco Schmidt, diseña las instalaciones del Sanatorio Rocafuerte para enfermos de tuberculosis (antiguo Hospital Militar) a pedido del General Eloy Alfaro, un período significativo para la historia política de la nación donde se perfilaba la idea de unidad en base a una inédita responsabilidad estatal en temas como la educación y la salud, y se marcaba la ciudad con hitos arquitectónicos que señalaban el proceso de modernización del estado.

En este sentido la decisión urbanística para la ubicación del imponente inmueble fue clave, y en 1913 se inauguraba en las faldas del monte Huanacauri hoy conocido

como San Juan, dando la cara (y bienvenida) al sector norte de la ciudad que se avizoraba como el polo de desarrollo moderno que sería ocupado por las clases acomodadas de Quito. La edificación supuso un esfuerzo considerable de ingeniería para lograr controlar la topografía de la loma, esfuerzo justificado porque no solo está en marcha el proyecto de construcción del edificio sino del conjunto paisajístico de la ciudad moderna en general.

Por el contrario, en el lado occidental y posterior del edificio crecía un asentamiento obrero, artesanal y de pequeña producción agrícola, de procedencia mayoritariamente indígena, que venía ocupando de manera estratégica la loma de San Juan por la cercanía con el centro de la ciudad, lugar donde ofertaban sus servicios y sus productos, pero también porque la loma era un sector de bajo costo alejado de cualquier interés urbano de la época debido al complicado terreno y la ausencia de cualquier servicio urbano básico (Quevedo, 1994).

En 1901, el médico salubrista, Jijón Bello advertía sobre la densificación de la ciudad de Quito y, por primera vez, identificaba a los “barrios separados” o excluidos de un avance urbano parejo. Esto lo hace apoyado por la información recabada en el Censo de 1906 el mismo que demuestra un aumento del número de personas provenientes de otras provincias. Para ese entonces casi un 37% de la población residente en Quito no era originario de esta ciudad (Kingman, 2008).

Probablemente esta tendencia se incrementó a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, a propósito del dinamismo en el flujo de las poblaciones que había instaurado el ferrocarril (1908). “Barrios separados” como San Juan fueron los que receptaban a migrantes provenientes de zonas rurales de la serranía lo que debió diversifi-



car su composición social y fortalecer algunas prácticas que son asociadas a este tipo de núcleos populares de herencia indígena y rural que atraviesan y se sobreponen en el proyecto urbano moderno de las ciudades andinas.

En San Juan se constata la subsistencia de fiestas religiosas que coinciden con celebraciones de siembra y cosecha, y que aún representan movilizaciones festivas importantes en el barrio, también se puede encontrar historias de vida asociadas a lo que algún día fue el trajín semirural de San Juan: hornos de ladrillo; alquiler de mulas y burros para el transporte de abastos y material de construcción; mingas para abrir y mejorar el estado de chaquiñanes, y canalizar el agua de fuentes naturales; cantinas de expendio de chichas, etc. (Quevedo, 1994)<sup>2</sup>.

Como lo señala Kingman, la modernidad liberal a principios del siglo XX es una etapa aguda de separación y diferenciación de sectores dentro de la ciudad de Quito que operó mediante el diseño de escenarios cívicos, el adecentamiento de sectores urbanos y la regulación de los mercados populares en función de la higiene y el ornato, detrás de estas operaciones existe el interés de encaminar a la sociedad dentro de un modelo civilizatorio y de progreso, pero simultáneamente marcan “límites imaginados entre la ciudad y el campo” (Kingman, 2008:41). Siguiendo esta línea, podemos entender la particularidad del naciente barrio de San Juan como un espacio excepcional atravesado por lo indígena y lo rural, dentro de una ciudad que está en pleno proceso de generar una imagen de distinción y moderni-

dad, justamente en oposición al campo, a la provincia pequeña y lo indígena.

Quito, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, inauguró además del Sanatorio Rocafuerte (antiguo Hospital Militar), el Hospital Eugenio Espejo (1898-1921), el Panóptico de San Roque (1869), el Observatorio de la Alameda (1870-1877), el Teatro Sucre (1879-1886), el Mercado Santa Clara, el monumento a la Independencia (1888); todas estas construcciones encargadas a arquitectos europeos que no solo diseñaban espacios técnicamente adecuados para las ceremonias cívicas, la organización y el control de la población, sino que traían desde Europa los conceptos visuales de modernidad para una ciudad andina.

El despliegue de esta arquitectura en la ciudad, no es inocente ni meramente funcional o estético, hay un claro proyecto político de ciudad basado en la discriminación. Un reconocido e influyente profesor de arquitectura en Quito (1912) Giacomo Radioconcini, mediante argumentos “técnicos” clasifica la ciudad entre espacios en “desacuerdo con el arte de la construcción”, la que está hecha por “mero capricho de particulares”, de los “técnicos incapaces e indígenas rutinarios” donde posiblemente podría figurar la autoconstrucción de barrios populares como San Juan.

Radioconcini propone reglamentar la actividad constructora de acuerdo a estándares de higiene y comodidad; remplazar el personal de los organismos reguladores por un organismo técnico que haya vivido o por lo menos viajado al exterior; y, promocionar inversiones en la construcción de gente culta y ciudadanos ilustrados. El proyecto de intelectuales, políticos y técnicos como Radioconcini tiene como objetivo cambiar el patrón constructivo de la ciudad puesto que “Las Construcciones en Quito son tan elementales que cualquier indio por poco inte-

2 La fiestas de San Pedro y San Pablo están acompañadas de la quema de la chamiza (restos secos de las plantas cosechadas) un rito simbólico que indica el fin de un ciclo de producción agrícola, al igual que las fiestas de carnaval que están acompañadas (aún en la actualidad) por un importante despliegue de bailes y danzas andinas tradicionales y la bebida de chichas de maíz.

Antonio Mena



*La loma de San Juan, desde el antiguo Hospital Militar*

ligente que sea puede dárselas de arquitecto” (Kingman, 2008: 263).

De acuerdo a este proyecto podemos entender el paisaje urbano como un paisaje de poder también, la ubicación de la arquitectura monumental y las dinámicas que disponen en el territorio comprenden un tipo de fragmentación de la ciudad o hasta una división radical de la ciudad, entre sur y norte, por ejemplo, división que para la mitad de siglo XX ya se define entre zonas residenciales acomodadas, implementadas con infraestructura, áreas verdes, edificios de servicio público, de interés científico y educativo para el norte; y por el sur, zonas industriales y barrios obreros.

En este contexto la imagen y dinámica semirural de San Juan se asocia a lo inhóspito y rudimentario, todo lo contrario de lo que sucedía con La Mariscal o los modernistas trazados urbanísticos de Santa Prisca. San Juan era un sector marginal en una loma que

no pertenecía al centro histórico ni era parte del proyecto moderno de la ciudad.

El pueblo ha edificado como ha podido en precipicios buenos para cabros; ahí están para probarlo los barrios de las alturas de San Juan, Buenos Aires, Independencia, América, las calles Cuenca, Galápagos, que son un muladar (Diario El Comercio, 13-10-1931)

Era una zona muy fría: “Este frío es igualito al de Tulcán”, decían. Los nuevos moradores, se encontraban “botados aquí solitos” a tal punto que aconsejaban: “tendrán que irse con escopeta, con machete”. “Me dio pena venir a vivir aquí”, recuerda uno de esos antiguos moradores: “se imagina vivir en el centro y venir a la loma y sin nada”. “De noche poder, pues, subir: ¡puro perros! Cuando llovía, esto, no se paraban ni los gatos” (Quevedo, 1994:20)

En cierto sentido esta imagen ha hecho escapar a San Juan de los intereses archivológicos de los contemporáneos patrimonialistas que se concentran en recuperar la arquitectura, las memorias y tradiciones de barrios más antiguos ubicados en el centro histórico (colonial) de la ciudad, barrios que han sido alineados a la idea del ‘Quito tradicional’ de herencia hispana; ‘rescates de memoria’ que generalmente acompañan los intereses y operaciones inmobiliarias, que no existen en San Juan (o por lo menos, no, de manera comparable).

Hasta aquí se dibuja una vecindad entre el barrio y el edificio sin mayor interacción, ambos responden a proyectos y realidades de ciudad diferentes. Sugiero que la edificación del Sanatorio en la loma de San Juan puede ser entendida como monumento en la medida que “se constituyó en un objeto [discursivo] situado entre un promotor, que ha

impulsado su creación, y un destinatario, que está dispuesto a ofrecer una respuesta a esa voluntad” (Massa, 1998: 86).

Pero entiéndase como destino (destinatario) el proyecto naciente de ciudad moderna, más que ‘la ciudadanía’ como concepto homogéneo; con esto no pretendo obviar los beneficios concretos que trajo consigo la implementación del edificio como servicio de salud pública, pero esta función se puede relativizar en la medida que el edificio pasó a manos del Ejército Nacional apenas pasados cuatro años de su inauguración.

Resulta pertinente tener una idea de lo que considero un desencuentro entre los discursos que condensa el edificio y el crecimiento del barrio San Juan ya que en la actualidad el edificio pasa a ser nuevamente depositario de discursos autorizados desde el poder, esta vez en torno a la noción de patrimonio cultural, limitando los usos y sentidos que la gente pudo construir en torno al mismo, cuando este estuvo abandonado de toda institución. A continuación intentaré desarrollar este nuevo contexto.

### Del edificio como monumento al edificio como espacio de afectos

Cuatro años más tarde de la inauguración del edificio como Sanatorio, este pasó a manos del Ministerio de Defensa (1917) quien lo convertiría en el cuartel de ingenieros de la Armada (1932), posteriormente en el Centro de Rehabilitación de Mujeres, y finalmente en Hospital y Comisariato del Ejército (1944-1970).

Este último periodo y función del edificio coincidió con la llegada del alumbrado público y las primeras construcciones de escalinatas y ordenamiento del trazado urbano (1947-1952); la inauguración de la primera

línea de transporte público (1951), la implementación de redes de alcantarillado y agua potable (1956-1960), que hicieron del sector un lugar más rentable y atractivo para la vivienda. A partir de este momento se rellenan quebradas y se lotizan las partes altas de la loma como los alrededores del hospital, aminorando la distancia con que se había originado la vecindad entre el barrio y el edificio (Quevedo, 1994).

Un entorno urbano más dinámico y ahora más próximo rompe la percepción sobre el edificio como un espacio cerrado en sí mismo y ajeno; las mismas funciones de hospital abren canales de comunicación entre el edificio y el barrio de manera inevitable. El Ministerio de Defensa, dona la casa barrial de San Juan (1964) en un gesto de vinculación con las problemáticas del barrio; una pequeña economía surge debido a que doctores y enfermeras se convierten en comensales y visitantes frecuentes del barrio, pero más importante aún, la gente del barrio y de la ciudad en general tiene acceso a los interiores del edificio como pacientes o visitantes de parientes enfermos (Manuela C 2011, Jaime G. 2011, Ruth G. 2011)<sup>3</sup>.

La memoria sobre el edificio comienza a tomar un giro, o mejor dicho a construirse en una fórmula bastante interesante: afecto, afición / espacio. Las historias personales de pérdida calamitosa, de recuperación ‘milagrosa’ son constantes en las narraciones que se construyen a manera de ensoñación en torno al edificio por personas entre los 60 y 80 años de edad; estas narraciones generalmente utilizan imágenes emotivas ligadas a imágenes de espacio, aumentando los valores reales del inmueble. El espacio se transforma en un recurso de la narración no solo

3 “Edificio social construirá la Acción Cívica de las Fuerzas Armadas del Ecuador en San Juan”, reza el encabezado de una nota en prensa del diario El Comercio del 29 de febrero de 1964.

de manera descriptiva (el espacio como escenario donde se desenvuelve la historia personal), si no que se convierte en un factor constitutivo de la intimidad de la historia de vida. El espacio es quien anima la memoria, más que el tiempo, puesto que la memoria no registra la duración concreta de una vivencia, “tales vivencias son posibles pensarlas en una línea de tiempo abstracta y etérea porque están condensadas en espacios específicos y bien caracterizados, ahí se encuentra la imaginación, el inconsciente y los recuerdos” (Bachelard, 1957: 38-41).

Venía a visitar a mi tía Marianita, la pobrecita estaba sola, ni me acuerdo como es que llegó a parar acá [...] los hermanos venían de vez en cuando ya cuando estaba como para morir y yo le acompañaba a mi mamá. Me acuerdo que era por aquí [uno de los corredores del primer piso], me decía espérame aquí, y yo me quedaba solo en esa esquina, era el pasillo que llevaba a la morgue. Yo me sentaba, quieto me quedaba ahí esperando, sentía como se hacía como oscuro, no tenía miedo, pero sentía como se quedaba todo como oscuro hasta que llegaba vuelta mi mamá (Jaime G. 2011:1).

Yo recuerdo el Hospital Militar... había una tía abuela mía, Delia, hermana de mi abuelo, que estuvo allí algunas veces; le hicieron una traqueotomía, estaba en una de las salas del hospital y era distinto de lo que es ahora, que ya está remodelado. Inclusive las gradas para subir al segundo piso eran todas de piedra, había que entrar escondiéndose, mientras alguien les hacía descuidar a los conscriptos que cuidaban la entrada del hospital. Adentro era realmente una estructura extraña, antigua, un poco tenebrosa, fúnebre. Las salas eran pequeñas, según recuerdo, como del tamaño de esta habitación (Mariana C. 2011:1).

Este tipo de recuerdos, que son bastante comunes para una generación de quiteños, le dan un valor simbólico al edificio que antes no era posible, los recuerdos hallan refugios caracterizados por sus formas arquitectónicas. La institucionalidad y la intención de monumentalizar un edificio de la temprana modernidad quedan en un segundo plano en la narración popular, la pregunta que quedará flotando aquí, es ¿hasta qué punto estas memorias forman parte del proyecto de recuperación del edificio? y ¿en qué lugar quedan dentro de las narraciones de inseguridad?

### Del edificio como espacio habitado y temido

La década de los años 1970 está determinada por el ‘boom petrolero’ que generó cambios fundamentales en el orden socioeconómico y político de la ciudad; por una parte, Quito experimenta flujos de migración sin precedentes debido a la implosión del sector agrícola y la consecuente búsqueda de alternativas laborales en la ciudad, esta situación expande la mancha urbana hacia las periferias sur y norte de manera improvisada y precaria, y densifica sectores consolidados como San Juan y los barrios del centro histórico. Por otra parte, Quito como sede administrativa de los excedentes de la exportación petrolera, genera una imagen de prosperidad que se traduce en nuevos paisajes de modernidad, “una morfología urbana que toma forma de acuerdo a como se concentra geográficamente el capital” (De Mattos, 2008: 49)<sup>4</sup>.

4 El Diagnóstico socioeconómico de las periferias de Quito (1983) concluye, con respecto a la migración campo-ciudad, que tanto la bonanza del negocio petrolero (1972) que creó expectativas de trabajo o la crisis petrolera (1980, en adelante) que impactó negativamente en el sector campesino, trajo consigo una escalada

Este es el contexto en el que el Ministerio de Defensa abandona el edificio emplazado en el popular barrio de San Juan y se traslada a sus flamantes instalaciones en la Vicentina, un complejo arquitectónico que brinda espacios más eficientes, adaptados a las nuevas tecnologías y estilísticamente acorde a la nueva época. En su lugar queda el Instituto Nacional de Colonización de la Región Amazónica del Ecuador (INCRAE), esta institución apenas utiliza tres oficinas de los quince mil metros cuadrados de construcción del antiguo Hospital Militar, además quedan ocupadas algunas salas con mobiliario obsoleto del hospital y en los patios una ambulancia descartada. En este panorama desértico logran gestionar la prolongación de su estancia personas que estaban relacionadas al antiguo hospital como cuidadores, bodegueros o personal de mantenimiento (José C. 8-2011; Tanami 8-2011).

Ya que no hay un proyecto claro con el destino del edificio, el Ministerio de Defensa no demuestra mayor interés en clausurar el espacio, el INCRAE por su parte se muestra flexible ante las solicitudes de algunos de sus obreros de mantenimiento que quieren unirse al grupo de ocupantes trayendo a sus familias provenientes del mismo barrio de San Juan, pero sobre todo de las periferias de la ciudad. La misma flexibilidad se mostró a un grupo de jóvenes indígenas que buscan la oportunidad de acceder a una centralidad urbana para realizar estudios superiores; para ambos casos el edificio abandonado representa una oportunidad de desarrollo y superación que no se piensa desaprovechar y más bien se intenta formalizar

mediante acuerdos escritos y declaraciones de honorabilidad (Tanami 8-2011; Grupo Focal 1, 8-2011)

[...] así llegamos, todos jóvenes, éramos gente sacrificada y todos indígenas (porque no entramos como mestizos ni nada; todos indígenas, de las diferentes nacionalidades, Puruhuás, Guarancas, de la Amazonía), y no nos alcanzaba el dinero para pagar el arriendo. Todos estudiábamos y también trabajábamos. En razón de eso, se había mantenido algunas reuniones con el Director del INCRAE de ese entonces, que en paz descansa, el Arq. Guillermo Naranjo, y nos dio acceso para que pasemos a vivir. De alguna manera era una gran ayuda para nosotros, porque ahorrábamos la parte del arriendo.

La idea de él también era que todos los estudiantes aprovechemos esa oportunidad. Esa fue la razón por la cual nosotros ingresamos a habitar en los diferentes cuartos. Inclusive nosotros formamos un pequeño grupo de estudiantes Asociación de Estudiantes y Profesionales Indígenas Quichuas del Ecuador. [...] Nosotros jamás invadimos, pero eso era lo que decía la gente de los alrededores, la vecindad, que nos conocía como gente de mala conducta. Todos creían que todos los que vivíamos en el interior del antiguo Hospital Militar éramos invasores, delincuentes e indigentes; seres humanos minimizados. No teníamos un buen trato de ninguno de los ciudadanos del sector, cuando ingresamos. (Tanami 2011:1)

La llegada de estos 'nuevos vecinos' parece estar signada por el trabajo colaborativo para adecuar espacios del edificio para su vivienda y para el mantenimiento de las áreas comunales y del entorno de la edificación, labores auto-impuestas como forma de responder a la concesión del espacio. Para me-

demográfica, siendo el segundo caso el más dramático, ya que la tercera parte de la población migratoria (31%) llegó a la ciudad en el periodo de 1980-1983, ya bien entrada la crisis petrolera. Un análisis detenido sobre el crecimiento urbano de Quito en este periodo, puede encontrarse en Carrión (1983).



diados de los años 90' los habitantes habían ampliado sus propias familias y habían ampliado el número de 'residentes' del edificio invitando a parientes o amigos a instalarse; inauguraban pequeños y medianos emprendimientos comerciales de frente al barrio circundante. Llegaron a convivir cuarenta y siete familias que permanecieron de manera estable entre 30 y 35 años, aproximadamente<sup>5</sup>.

La ocupación de un grupo social de escasos recursos y mayoritariamente indígena no fue bien visto por la mayoría de vecinos de San Juan, sin embargo, algunos de ellos hacían uso de los servicios prestados por los ocupantes (lavanderas, mecánicos, electricistas) y los niños del edificio se habían encargado de formar lazos de amistad con otros niños del barrio (siendo las excursiones por el edificio abandonado una de las principales actividades lúdicas entre ellos). Es decir, aunque los recelos y las diferencias existieron entre ocupantes y vecinos del barrio, también había lugar para encuentros, conversaciones fortuitas, intercambios (en el sentido de prestación de servicios remunerados), nada realmente extraordinario, pero en todo caso se podría pensar que "fueron considerados como un vecino más en el barrio" (Ruth G. 2011; Rocío P. 2011)

No obstante a las relaciones que se habían tejido con una población ocupante del edificio bastante diversa (solitarios comerciantes, estudiantes y profesionales, familias con niños), alrededor de 1997 la llegada de un grupo de personas afro-descendientes se convierte en el hecho que termina estereotipando a todos los ocupantes como indigen-

tes o antisociales, una imagen que se habían encargado de difundir los medios de comunicación condicionando la mirada de la ciudad sobre este caso y hasta cierto punto alterando la forma en cómo se articulan las narraciones de seguridad/inseguridad desde la memoria del barrio<sup>6</sup>.

Cómo podían decir que éramos indigentes... Inclusive yo le dije a una chica: "Créame, linda, sin ofender, pero yo creo que vivo mejor que usted" ¡Cómo va a decir que somos indigentes! Y le pregunté qué significaba la palabra *indigente*. Me dijo "Esa gente que vive en los puentes. [Una voz atrás dice: La gente que vive en la calle, abandonada...]

Ah, entonces ¿eso soy yo? -le dije- Y usted cree que un indigente va a tener tanta credibilidad, como yo la tengo. Mire mi taller. Yo soy dueño de este taller. Que salga en la prensa! Yo lo construí aquí y todo lo que está aquí, todos estos carros son de gente del barrio; la mayoría de los que tienen carros, vienen y los dejan aquí, a este 'indigente'; carros de miles de dólares, aquí!. Ustedes tienen que pensar, para hablar".

Es que es verdad, yo tenía un taller lleno de carros de gente que me conocía; así como allá tengo el otro. Entonces no pueden las personas, porque son periodistas, decir no más... (José C. 2011)

Durante las primeras entrevistas realizadas en el barrio (antes de poder dar con los matices de la ocupación y las relaciones fluidas

5 Esta cifra no toma en cuenta a personas que llegaban y salían de manera itinerante, debido a sus actividades como comerciantes informales, tampoco se cuenta al número de personas que habían conformado la comunidad afro del edificio, puesto que no existen registros sobre estos ocupantes.

6 La llegada del grupo de afrodescendientes ubicada para el año 1997, puede no ser precisa pero obedece a los testimonios de varios vecinos que calculan esta fecha como aproximada. La forma en que los afrodescendientes van ocupando un ala del edificio tampoco es clara, algunos ocupantes (Tanami, José C. 2011) dicen que los primeros en llegar tenían como objetivo realizar estudios universitarios, otros vecinos de manera más drástica dicen que se trataba de gente que llegaba a refugiarse después de escapar de prisión (Manuela C. 2011).

Antonio Mena



*Viviendas en el barrio de San Juan*

con el barrio circundante), los entrevistados que han vivido en el barrio desde hace más de tres décadas, de manera automática dividen la historia en dos: hablan de un pasado tranquilo y seguro mientras en el edificio funcionó el hospital, en oposición a la inseguridad y la incertidumbre después de que el hospital y los militares se marcharon y los ‘negros’ llegaron. “Había más temor. Ya no se abrían las cortinas, ya uno se metía más temprano”; “ahí el barrio se acabó” (Bernal, Grupo Focal 1, 2011), son frases totalizadoras sobre la experiencia vivida que intentan, básicamente, explicar y reorganizar simbólicamente un mundo que ha sido interrumpido por el acontecimiento violento” (Caldeira, 2000: 48-55), pero también son sentencias que evidencian la incertidumbre después de ese pasado inevitablemente idealizado por los afectos y los espacios que se recuerdan dentro de un lapso de ensoñación, de redes de solidaridad y similitud de

intereses que los vecinos no saben explicar a dónde fueron a parar.

La llegada de un ‘otro’, más pobre, menos ‘civilizado’, diferente étnica y culturalmente marca el principio de una constante percepción de degeneración del barrio y una demonización de los ocupantes del edificio por igual, que toma caracteres míticos.

[Alguien le pregunta a Tanami: ¿cómo es que usted podía vivir (con los negros) en la época en que estuvo instalado en la parte de arriba del edificio?]. Le cuento que ahí había habido un baño que yo quería arreglar. Arreglé, adecué, hice una belleza; tenía un espacio amplio, puse puertas, todo. Perfecto. Llegaron los negros, me quitaron, pusieron candado y ese baño luego se transformó en una porquería. Ya no sirvió porque inclusive luego botaron comida (alguien atrás comenta: ¡eran unos animales!) y se taponó, se dañó.

[Otra persona toma la palabra] Los negros tenían la costumbre de orinar en fundas negras y luego las lanzaban a la calle, y toda suciedad mismo, cuando les desalojaron quedaron cuartos enteros de mierda, ya seca, montañas de mierda. (Grupo focal 2, 2011)

Las narraciones sobre estos ocupantes causantes de la inseguridad del resto de la comunidad generalmente comienzan con la puntualización: ‘los negros’, ‘los morenos’, ‘los negritos’ mucho antes de que se los califique como delincuentes, drogadictos, ladrones, etc. La identificación racial es en la memoria del barrio el origen absoluto de la inseguridad y la violencia. La imagen del ‘negro’ como ‘imagen-archivo’ (Barriendos, 2007), se forma tras un condicionamiento histórico de la mirada, del cual resulta una automática asociación de imágenes que, no necesariamente, están vinculadas pero son tratadas como tal, por ejemplo, la imagen de la negritud aso-

ciada a la vagancia, la pobreza a la violencia, etc. Una operación de estigmatización que termina beneficiando a un proyecto político e ideológico que justifica la estructura de la sociedad (Cevallos, 2011: 87).

No obstante, la creciente percepción de inseguridad en San Juan, pareciera haber antecedido a la llegada de un fenotipo específico de personas, así lo confirma (en términos amarillistas) artículos de prensa que circulaban en el barrio acusándolo de inseguro años antes del momento de llegada de los afro-descendientes.

San Juan Tierra de nadie, los moradores del barrio duermen con un ojo abierto y el otro cerrado. Los pillos mantienen atemorizados a sus habitantes no sólo por la ola de asaltos y robos a casas, tiendas, centros comerciales y almacenes, sino porque con su presencia han convertido a ese tradicional barrio en una guarida para rateros y gente de mala reputación. La violencia criminal en ese populoso sector ha llegado a límites escalofriantes (Diario Ultimas Noticias, 13 noviembre 1995)

No intento desmentir los testimonios que acusan a los ocupantes afro-descendientes de cometer actos inciviles, actos fuera de la ley o actividades ilegalizadas<sup>7</sup>. Sin embargo, para los objetivos de este artículo debo obviar el impacto psicológico que produce la

delincuencia para formular una pregunta, que a mi parecer es el punto a problematizar en el encuentro entre nociones de patrimonio y seguridad y espacio público:

Los ‘ocupantes negros’ no forman parte de la memoria social, porque constituyen el grupo no apto de integración, los que no participan de una clase social (Bauman, 2005), los que no poseen garantías para acceder a un proceso de reubicación habitacional, los que han sido empujados al límite de la sociedad, y que aunque sigan siendo parte de ella se busque invisibilizar su existencia. La ‘lucha anti-delincuencial’ encuentra en su rostro (desprovisto de identidad) su razón de ser. Por lo tanto ¿cuáles son los sujetos que no merecen ser recordados en la construcción de una noción de patrimonio cultural? ¿Para qué tipo de ciudadanía recuperamos los espacios públicos? ¿Son las nociones de seguridad y patrimonio lugares donde se afirma la jerarquía [de clase social] y se descalifica la igualdad [civil]? (Caldeira, 2000).

La mayoría de mis entrevistados han agotado sus anécdotas de inseguridad antes de admitir que sus hijos en ocasiones entraban a jugar al edificio abandonado o que efectivamente en el edificio había familias además de delincuentes o que eventualmente usaban los servicios prestados por los ocupantes. La memoria colectiva en varios aspectos pareciera haber sido velada por la narración cotidiana de sucesos violentos, de inseguridad y de estigmatización. Este es el punto en el que el clamor por seguridad minimiza los matices de lo que podemos recordar y es captada por el proyecto de rehabilitación del edificio, que a más de ‘poner en valor’ la arquitectura del inmueble, soporta y autoriza unas memorias sobre otras y ofrece espacios seguros por medio del vaciamiento de conflictos sociales.

7 Para distanciarme de un juicio moral sobre las acusaciones realizadas contra el grupo afro-descendientes, creo importante diferenciar entre: incivilidad (que no contempla el patrón de comportamiento social establecido), ilegalidad (que está por fuera del marco jurídico) e ilegalización (que incurre en actividades que han sido sancionadas moralmente por la sociedad y criminalizadas en el marco jurídico, por ejemplo: el consumo de drogas que es un asunto tratado dentro del campo criminológico y no como asunto de salud pública, o el comercio minorista de drogas tratado desde un enfoque criminológico y no con un enfoque de inseguridad social y precariedad laboral extrema).



## Recuperación del edificio y políticas del espacio

Lo que se ha impuesto es una suerte de *cinismo sociológico* que acompaña al sentido común, por el cual las modificaciones sociales que se provocan con la renovación urbana son percibidas como inevitables, cuando no como necesarias, despojándoles de ese modo de su contenido político y social. (Kingman, 2010: 28)

Para el año 2005 el Gobierno Nacional otorga en comodato algunos edificios de interés patrimonial al Municipio de Quito que venía trabajando sistemáticamente en el reordenamiento urbano del centro histórico pero también en ejes transversales concernientes al desarrollo económico y social. El edificio del antiguo Hospital Militar pasa efectivamente a ser lugar de intervenciones técnicas para su rehabilitación en el 2007 como parte del Plan Bicentenario que intenta recuperar espacios públicos para la ciudadanía con especial interés en áreas patrimoniales periféricas al centro histórico.

Previamente, a finales de los años 90', se posesiona de un 35% del antiguo hospital la escuela de restauración taller San Andrés en un convenio de cooperación interinstitucional que tenía como objetivo instaurar una actividad cultural que dinamice el sector. Se habían comenzado conversaciones con los ocupantes del antiguo Hospital Militar que, por medio del departamento de trabajo social y la gestión de la administración norte del Municipio, concluiría en la reubicación de 27 familias en las periferias de la ciudad, y en el 2000 ya se había desalojado a la comunidad afro-descendiente mediante la fuerza policial.

‘Recuperar espacios públicos para la ciudadanía’, es la consigna que ha justificado la mayor parte de las intervenciones sobre es-

pacio urbano y espacios patrimoniales de la ciudad. Pero recordemos que ‘lo público’ es el mismo lugar donde se debaten los significados y alcances de la democracia, la forma en que se discute qué cosas son ‘públicas’ y cuáles no los son, cómo se definen colectivamente sus posibles usos. Estos debates hacen de esta noción un lugar de enfrentamientos de las diversidades, donde las identidades, memorias y significados están en constante disputa y negociación. Así, la ciudadanía termina siendo un concepto contingente y no clausurado a una única figura positiva (Deutsche, 2007). Por lo tanto, la ‘recuperación’ se entiende en el sentido de devolver un espacio a las expresiones, actividades y voces de identidades ciudadanas diversas y no necesariamente alineadas a una comunidad determinada, ni a unos intereses definidos, sino por definirse. En estos términos ¿qué oportunidad de definición colectiva y diversa hubo en la recuperación del edificio antiguo Hospital Militar?

Desde mi punto de vista como persona, profesional y autoridad, pienso que la experiencia fue muy enriquecedora. Por la sensibilidad que tenía el tema, hubo la necesidad de tomar todas las precauciones del caso y eso me obligó a liderar el proceso. Todos los días miércoles de cada semana, a partir de las seis de la tarde, hasta las diez u once de la noche, me reunía con los habitantes del edificio, en un lugar lúgubre que ellos habían habilitado como espacio comunitario, para avanzar en los acuerdos a través del intercambio de criterios. **Ellos estaban muy claros en que el lugar no les pertenecía y lo que solicitaban era una suerte de alternativa para no ir a la cárcel.** [Resaltado propio] (Inés Pazmiño, 2011)

Este testimonio de una de los funcionarios que participaron en las negociaciones para

la desocupación puede ser matizada con declaraciones que indican que la pertenencia sobre el edificio que habían desarrollado los ocupantes, después de casi treinta años de un total abandono institucional, no tenía que ver únicamente con la legalidad o ilegalidad de su presencia allí, y por tanto, sus expectativas de negociación eran más amplias de lo que les era permitido. Para ellos el asentamiento y la apropiación no fueron logrados por medios económicos sino por trabajo, por una lucha individual y colectiva con el resto de ocupantes de similares condiciones, lo que establece una relación compleja respecto a ‘lo legítimo’ y los usos no admitidos por lo público. El lugar era suyo en tanto dicen haber sentido responsabilidad por el inmueble y de haber invertido tiempo y esfuerzos para cuidarlo<sup>8</sup>.

Cuando nos llegamos a conocer con la vecindad, tratamos de organizarnos para tener limpio el edificio, que antes de que ingresáramos estaba lleno de hierbas, matorrales. La idea nuestra no era de ninguna manera la de invadir, sino más bien formar una gran unidad a fin de mantener esto que se estaba cayendo, queríamos reestructurar, porque también nosotros teníamos el proyecto de implantar allí el museo de las culturas indígenas, pero lastimosamente no tuvimos el apoyo de los gobiernos, porque ustedes saben que para todo eso se necesitaba una capacidad económica” (Grupo Focal 1).

Esta posición no es válida porque detrás de sus intenciones no hay conocimientos ‘autorizados’ para el mantenimiento del edifi-

cio, ni para la rehabilitación ni mucho menos para la gestión cultural, pero sobre todo porque va contra toda lógica de ordenamiento biopolítico y de mercado inmobiliario de la ciudad. Este testimonio de pertenencia de los ocupantes no es inocente, tampoco es solo emotividad o ausencia de argumentos legales para justificar su existencia, pero podría entenderse que la invalidación automática de este tipo de iniciativas es un signo de falta de canales de comunicación entre la gente y los especialistas o la falta de promoción de discusiones en torno a las posibilidades de uso de un espacio público a cambio de una prescripción y diseño de profesionales y técnicos especializados sobre qué hacer con un espacio público abandonado.

A finales de los años 90’ y comienzos del 2000, en el edificio se ensayaban diversas iniciativas sociales y culturales (no oficiales): algunos discutían cómo transformar parte del espacio en consultorios médicos (privados); las mujeres emprendedoras del barrio habían hecho de los patios traseros del inmueble sitio de reuniones sociales (religiosas, festivas, agasajos navideños, mingas); la dirigencia del barrio América (AHM) adecuó una de las salas como punto de reunión para tratar temas comunitarios; los jóvenes de los alrededores organizaban campeonatos de fútbol, adecuando espacios y atrayendo a cerca de 25 equipos de todas partes de la ciudad, haciendo de esta actividad también un emprendimiento económico; una serie de jóvenes artistas, que hoy tienen sólidas trayectorias, realizaron sus primeros ensayos performáticos y presentaciones de teatro tomándose habitaciones del edificio para estos fines. Todas estas son memorias menos visibles, pero que construyeron parte de la identidad del barrio.

La intención de privatizar pequeñas parcelas del inmueble, pareciera haber sido multitudinaria y no exclusiva de los ocupan-

8 Inés Pazmiño, fue sub-administradora de la Zona Centro desde el año 2000, hasta finales del año 2002, inmediatamente pasó a la administración zonal desde el 2003, hasta julio 2008. Es decir, formó parte de una de las administraciones bastante sensibles e involucradas con los procesos de recuperación de espacios públicos y patrimoniales.



*Ventanales en una galería no intervenida del antiguo Hospital Militar*

tes, aunque no se planteaba de manera permanente (exceptuando a los médicos), lo que podría indicar algún interés de participar en la conceptualización de las adecuaciones que se planean desde la autoridad.

El inmueble se nos entrega con todos los inquilinos, los ocupantes que hicieron una toma del espacio. Obviamente el interés de la Municipalidad era **poner en valor el edificio patrimonial, darle un uso legítimo en el aspecto cultural** y, por otro lado, **contribuir con una mejora en la situación del entorno inmediato** y, por tanto, del Barrio de San Juan; paralelamente, **ser uno de los atractivos turísticos**, porque es uno de los miradores de una parte de la ciudad. [...] finalmente **devolverle a la ciudad y a sus habitantes, el esplendor, la majestuosidad y la no-**

**bleza de ese edificio** [Resaltado propio] (Inés Pazmiño, 2011).

La arquitectura como monumento patrimonial, el uso cultural ‘legítimo’ y el turismo son los nuevos proyectos para el edificio, se podría decir, como lo señala Kingman que “las acciones culturales son concebidas como acciones orientadas a racionalizar los usos culturales de la gente, a ordenarlos y “potenciarlos”. Buena parte de esos programas están dirigidos a desarrollar lo que se ha dado por llamar una “cultura” y unos “comportamientos ciudadanos” (2004:5). En este contexto, el sentimiento de inseguridad que se intensificó en el barrio coincide con el plan de rehabilitación y juega un rol importante porque entre la política patrimonial y la ciudadanía aparece la figura ilusoria del consenso (la ‘lucha antidelinquencial’), que agiliza el desarrollo del proyecto.

La noción de patrimonio cultural no es neutra “está diseñada y construida como tal [...] en el ámbito de proyectos e intereses definidos” (Bravo, 1979: 18, en Massa, 1998: 86). En realidad son producidos como objetos del patrimonio cultural por parte de sujetos sociales que tienen el poder de producirlos en cuanto tales (Bourdieu y Darbel, 1972 en Massa 1998:86).

El antiguo Hospital Militar rehabilitado se inauguró en el 2008 como Centro de Arte Contemporáneo con la ampliamente celebrada exposición El Bicentenario, una mirada histórica sobre la ‘revolución quiteña’ que festejaba los albores de la identidad nacional. La muestra permaneció abierta al público durante más de un año.

El visitante, si se toma su tiempo, si pone interés y se sirve de las ayudas que se le ofrecen, recibe una lección inolvidable de historia, que le inducirá a reflexionar sobre nuestra patria y sobre aquel episo-

dio que la marcó con caracteres de fuego.  
(Diario El Hoy 15-Agosto-2008)

Este reencuentro del edificio con la ciudadanía fue un éxito, dos años más tarde de su inauguración sigue llegando gente que quiere volver a ver la muestra del Bicentenario. Cuando he preguntado casualmente a uno de estos visitantes sobre las razones que llevaron a las autoridades a recuperar el Edificio antiguo Hospital Militar se dibuja un gesto de extrañeza, pues las razones son dadas por obvias: la primera, es la importancia del edificio para la historia de la ciudad y la segunda, es la belleza de la arquitectura.

La belleza arquitectónica, posiblemente es la razón más repetida por diferentes generaciones de quiteños (vecinos y visitantes), al punto que en el concurso denominado “Las 7 maravillas de Quito” que fue lanzado por el Municipio Metropolitano a propósito del nombramiento “Capital Americana de la Cultura” y que tuvo como objetivo ordenar del uno al siete los espacios patrimoniales de la ciudad e incluirlos en una ruta de promoción turística, el antiguo Hospital Militar (actualmente edificio Bicentenario) ocupó durante las primeras semanas los primeros lugares de popularidad. Lo cual es sorprendente, porque por un momento ‘la belleza arquitectónica’ desplazó a otros espacios con una carga simbólica tradicionalmente más poderosa como el Panecillo o la Plaza Grande, inclusive a espacios recuperados con gran rentabilidad económica como La Ronda.

La pregunta es: ¿hasta qué punto ‘la belleza arquitectónica’, entendida convencionalmente como ‘la razón de ser’ de la recuperación patrimonial, ha desplazado algunas funciones, problemáticas y memorias que le otorgaban sentidos e identidades al espacio? Los vecinos alrededor del edificio recuperado celebran la disminución de su percep-

ción de inseguridad, y comienzan a identificar problemas puntuales relacionados con el diseño urbanístico que se desplegó conjuntamente con la recuperación:

“Nosotros teníamos la costumbre de madrugar y dar la vuelta al parque, después de la reparación, queríamos continuar con nuestras caminatas, pero nos encontramos con que se había cerrado parte del camino que hacíamos, nos encontramos con cartelitos que prohibían sacar al perro, prohibido sentarse, prohibido algunas cosas, entonces nosotros nos alejamos de aquí, porque así cómo nos prohibieron a nosotros han de haber prohibido a las demás personas, entonces nosotros nos fuimos alejando. Es de tal suerte que yo ni siquiera vine a la inauguración, porque sentía que me habían arrancado algo, yo no conocía esto por adentro, y vivo al frente. (...) Y sí, está bonito, y nosotros hoy colaboramos viendo que la gente no bote basura, pero no recibimos reciprocidad, ya no sentimos que esto sea nuestro. Antes era nuestro con la basura, con los fantasmas, con los ladrones, porque era guarida de ladrones (risas), pero a pesar de todo era nuestro” (Sra. Mariana).

La retirada de las bancas y los juegos infantiles del parque frontal sustituidos por jardinerías decorativas, el lidiar con políticas de seguridad concesionadas a empresas privadas para el resguardo del inmueble, la ausencia de una oferta cultural enfocada a la localidad, son algunos de los problemas que comienzan a abrir nuevamente el debate entre los vecinos sobre la pertenencia, la memoria y los deseos que se depositan en este edificio. La discusión que se logre articular y los resultados concretos de sus demandas pondrán a prueba la dimensión pública de las prácticas del patrimonio en Quito.

## Consideraciones finales

Generalmente las intervenciones urbanas que se han dado en Quito, han sido catalogadas como “no monumentalistas”, comprenden una serie de factores relacionados con lo social y el empoderamiento de las comunidades, que otros gobiernos locales no han contemplado; además su gestión se desenvuelve en el campo de la negociación y el consenso, pero hay que revisar las condiciones para estas negociaciones y los factores que no son puestos a negociación como lo advierte Kingman (2010).

Los testimonios a los que he podido acceder y las características del proceso de recuperación del edificio del antiguo Hospital Militar que he intentado analizar, me hacen pensar que los objetos de patrimonio se fundan como tales en procesos más o menos violentos y de vaciamiento de conflictos sociales que la construcción de las memorias locales representa.

En estos procesos están involucrados funcionarios, especialistas y técnicos a cargo de complejos procesos de negociación que tienen como base el diálogo y el consenso, sin embargo existen canales de diálogo sesgados en la medida que solo se contempla tipos positivos de ciudadanía; las identidades ciudadanas que no están dentro de este canon son objeto de negociación condicionada o simplemente son invisibilizados del proceso.

En este sentido, la ‘recuperación de espacios públicos para la ciudadanía’ no estaría contribuyendo a avivar una esfera pública activa, es decir, no estaría ayudando a que

diferentes voces se encuentren en debates que reconozcan, cuestionen y deconstruyan sus diferencias y sus realidades.

La urgencia de la seguridad ciudadana, ha funcionado para este procesos de recuperación como el punto en el que se adquiere consenso (aunque de manera ilusoria), el costo de esta operación –a mi criterio– tiene que ver con la negación (por omisión o simplificación) de memorias que anteceden la experiencia de miedo y que resultan claves a la hora de entender la historia del barrio.

La arquitectura como monumento, el patrimonio como monumento, establece una relación problemática con su entorno, debido a que los discursos que condensa son percibidos por la comunidad como implantaciones que no se articulan de manera efectiva con sus prácticas cotidianas ni con su memoria social. Esta relación tiene un correlato en términos espaciales (urbanísticos) donde es muy difícil la actuación de la gente para reformular las condiciones de movimiento que se le ha impuesto.

Por el contrario la posibilidad de reconstruir un diálogo que contemple los conflictos y memorias locales pudiera encontrarse en la apertura institucional para la construcción colaborativa de contenidos para el edificio que no necesariamente estén en sintonía con los discursos oficiales a los que responde. A mi parecer, este es el punto donde se encuentra hoy la institución que ocupa el emblemático edificio y los vecinos del barrio: reflexionar (re-diseñar) la manera de articular el espacio y la memoria social, los contenidos del edificio y las actuaciones, intereses y contradicciones de la comunidad



## Referencias bibliográficas

- Bachelard, Gaston (1957), *La poética del espacio* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica).
- Barriendos, Joaquín (2007), “Apetitos extremos: La colonialidad del ver y las imágenes-archivo sobre el canibalismo de Indias”, en *Revista electrónica del Instituto Europeo para Políticas Culturales Progresivas (eipc)*, Visita 14 de abril de 2010 <<http://translate.eipcp.net/transversal/0708/barriendos/es>>.
- Bauman, Zygmunt (2005), “Espacio y Tiempo”, en *Modernidad Líquida* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica).
- Caldeira, Teresa (2000), *Ciudad de Muros* (Barcelona: Gedisa).
- Carrión, Fernando (1983), *La renovación urbana en Quito* (Quito: Centro de investigaciones CIUDAD).
- Cevallos, Alejandro (2011), *Seguritización del paisaje urbano: Cultura material de la inseguridad en el circuito barrial El Edén, La Victoria y Amagás del Inca*. Serie Tesis (Quito: Flasco).
- Centro de investigaciones CIUDAD (1983), *Diagnóstico socioeconómico de los barrios periféricos de Quito* (Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito).
- De Mattos, Carlos (2008), “Globalización, negocios inmobiliarios y mercantilización del desarrollo urbano”, en *Producción inmobiliaria y reestructuración metropolitana en América Latina*, Perera, P. et al., p. 23-40 (Santiago: GEOLibros).
- Deutsche Rosalyn (2001), *Agorafobia. Modos de hacer: Arte crítico, Esfera pública y Acción Directa*, Blanco, Paloma et al. (editores), pp. 289-356 (Salamanca: Universidad de Salamanca).
- Deutsche, Rosalyn (2007), *Público*. Visita 2 de mayo de 2010 <<http://www.macba.cat/controller>>.
- Kingman, Eduardo (2008), *La Ciudad y los otros, Quito 1860–1940. Higenismo, ornato y política* (Quito: FLACSO).
- Kingman, Eduardo (2004), “Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura”, en *ICONOS. Revista de Ciencias Sociales*, No. 20 p. 26–34.
- Kingman, Eduardo (2010), *Ciudad, seguridad y racismo*, (inédito) (Quito: FLACSO).
- Massa, Paola. (1998), “Antropología y patrimonio cultural. Un estudio sobre los monumentos a los caídos”, en *Revista Alteridades* p.85-94.
- Quevedo, T. et al. (1994), *El balcón quiteño: una historia de San Juan* (Quito: CIUDAD).

### Entrevistas y notas de prensa:

- Diario El Comercio 13-10-1931  
 Diario Ultimas Noticias 13 noviembre 1995  
 Diario El Hoy 15-Agosto-2008

### Entrevistas principales:

- Jaime G. 9-2011; Manuela C. 9-2011; Teresa Quevedo 8-2011; Luis Guerra 8-2011; Ruth Gallegos 8-2011; Rocío Puzda 7-2011; Tanami 8-2011; José C. 8-2011; Grupo Focal 1, 8-2011 (realizado por Cesar Augusto Bernal); Grupo Focal 2, 9-2011; Inés Pazmiño 8-2011